



Cuaderno  
de bitácora

# SOBRE BAJARSE AL MORO

por José Luis Alonso de Santos

Hablar del trabajo de uno mismo, o contar algo de una de sus obras, suele ser un error por parte del autor. Me alegraré, pues, de cualquier pretensión de explicarme o defenderme, y aprovecharé estas líneas que aquí se me ofrecen para hacer algunas consideraciones sobre los motivos que me llevaron a escribir *Bajarse al Moro* (aunque tal vez la distancia temporal entre su nacimiento y la actualidad haya distorsionado mis recuerdos).

En el colegio me enseñaron que los seres vivos «nacen, crecen, se reproducen y mueren». Bueno, pues no es tan complicada la cosa —pensé yo, que era joven e iluso por aquel entonces—, y me fui unos cuantos años a dar patadas al balón y a salir con chicas, para desfogarme.

Mas hete aquí que años más tarde empecé a descubrir que el intríngulis de la frasecita estaba en las comas. Es decir, en lo que pasa entre nacer, crecer, reproducirse y morir. Arduos años de estudios e investigaciones en universidades, lecturas y cursillos especializados, me llevaron a la conclusión de que esas comas se podían traducir por estas palabras: el intento de ser feliz.

Entonces me dije: esos cuatro trascendentales acontecimientos parecen no depender de nosotros, Son cosas del destino. Pero el tema de las comas sí que parece ser cosa humana. ¿Por qué es entonces tan condenadamente difícil conseguirlo?

Y un buen día, cansado de interrogarme a mí mismo sobre el tema, y a los que me rodeaban, sin obtener respuesta, empecé a escribir teatro, y a preguntárselo a los personajes de mis obras:

— ¿Por qué no eres feliz tú, a ver?

— No, si yo quería, pero es que es muy difícil... —se disculpaban todos por su fracaso—.

Yo les doy su oportunidad para que lo intenten. De verdad que trato de dársela cuando escribo. En *Bajarse al Moro*, por ejemplo, les dije:

— Venga, ahí estáis, intentadlo al menos vosotros que sois gente especial, que no os conformáis con repetir la vida de vuestros padres, que os atrevéis a buscar nuevos caminos, a renunciar a costumbres que nos encadenan...

Toda esta historia empezó cuando, de alguna forma que aún desconozco, los personajes de esta obra, esos componentes de la vida imaginaria, se instalaron un buen día en mi mente, me embarazaron con su lenguaje, y me hicieron sentar a escribir la obra y sacarlos a la luz, para intentar contestar a mi pregunta.

Ellos, una vez creados, crearon a su vez las situaciones y las peripecias: sus destinos. El autor entró a veces en conflicto con ellos, por sus diferentes formas de entender

la vida, en sus relaciones con los otros, en sus deseos... Estaban vivos y tenían vida propia, sobre todo al ser encarnados por actores en un escenario.

En *Bajarse al Moro* intenté mostrar —creo— la historia de un grupo de jóvenes que viven en un piso, con los problemas de realización y de convivencia que ello genera: sentido de lejanía con unos valores y unas costumbres establecidas que no les pertenecen. Formación de su personalidad según las posibilidades que el entorno les facilita. Diferencias entre las intenciones y las conductas. Y el amor —siempre el amor—, como el principal proyecto de vida, gravitando sobre ellos.

Estos personajes jóvenes buscan su hueco, su necesidad, su equilibrio en un mundo donde los esquemas útil-inútil, integrado-marginal y triunfador-perdedor crean los patrones sociales.

Tal vez esa infelicidad, y falta de habilidad para resolver las cuestiones prácticas y elementales de la convivencia y la inserción social, esconda otros posos de amargura vital y desajustes más profundos, de unos seres románticos y soñadores, a pesar suyo. Pero eso ya es filosofía.

Todo ello dentro de un mundo urbano —el de Madrid— que marca con sus ritos, y sus latidos, un sabor peculiar, un estilo de vida. De ahí su relación poética con todo lo que «el moro» representa: el sur, el viaje, los otros, el hachís, los techos blancos y redondos de sus casas, las palmeras del desierto, el azar como forma de vida, lo mediterráneo y caliente frente a lo nórdico y frío... Códigos de la piel frente al racionalismo de la norma.

Y surgieron los contrastes, las crisis y los conflictos, y de ellos salieron sus conductas y sus formas de hablar. Formas de vida diferentes nos llevan a lenguajes diferentes. Hablamos de acuerdo a como nos imaginamos nuestros paraísos deseados.

Y, al escribir, surgió el humor, como elemento que enlaza mi trabajo —o al menos lo intenta— con nuestras tradiciones teatrales más vivas. Es así como los habitantes de esta obra tratan de realizar sus deseos, sin perder nunca el punto de vista humano que el humor conlleva, ya que el aparente dramatismo del asunto, ese tira y afloja con la vida, si bien se mira, tiene más de cómico que de otra cosa. Si dejamos a los fantasmas de nuestras esperanzas en prendas menores adquieren una dimensión más auténtica. El humor pone las cosas en su sitio. Es una contestación que damos a nuestros límites. Una respuesta lúcida que hace de puente entre las realidades y los deseos.

Y así fue naciendo, y creciendo, esta obra, o al menos eso me parece recordar hoy, muchos años después. ■

## Bajarse al moro [fragmento]

### ESCENA SEGUNDA

(Ha pasado casi una hora. En escena ALBERTO, solo, recogiendo a toda prisa sus cosas y metiéndolas en maletas y cajas de cartón. Se abre la puerta de la calle y aparece JAIMITO).

**JAIMITO.** (Entrando). Nada, que no me han dejado verla. Y encima casi me gano un par de hostias. (Se da cuenta de lo que está haciendo ALBERTO). ¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo?

**ALBERTO.** (Muy incómodo de que haya vuelto antes de que le diera tiempo a recoger y marcharse). Ya lo ves. Recogiendo mis cosas.

**JAIMITO.** ¿Recogiendo? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Y Elena?

**ALBERTO.** Se ha ido.

**JAIMITO.** ¿Qué se ha ido? ¿Adónde? Para un momento, ¿no? Deja ya eso. ¡Para!

**ALBERTO.** Oye, me voy. Es en serio.

**JAIMITO.** ¿Que te vas? ¿Dónde te vas?

**ALBERTO.** (Sigue recogiendo.) A casa de mis padres.

**JAIMITO.** Alberto, no te comprendo, de verdad. Chusa está detenida, ¿no te das cuenta? Tienes que ir tú, que a ti sí que te dejan entrar; y hacer lo que puedas...

**ALBERTO.** Lo siento.

**JAIMITO.** ¿Qué lo sientes? Estás aquí, llevándote tus cosas. ¿Y lo sientes? Pues no lo sientas tanto y haz algo.

**ALBERTO.** ¿Qué quieres que haga? No puedo meterme en ese lío, no sé cómo no te das cuenta; y menos después del tiro tuyo ese.

**JAIMITO.** Dirás del tuyo, el que me diste, ¿no?

**ALBERTO.** Del que sea, para el caso es lo mismo. No puedo meterme, me la juego.

**JAIMITO.** ¿Y ella? ¿Ella no se la juega? Tú has dicho antes que si no se la saca de ahí la llevan a Yeserías.

**ALBERTO.** Tú no entiendes de esas cosas, así que cállate.

**JAIMITO.** Tú sí, ya lo veo. Tú entiendes demasiado.

(Se queda mirándole fijamente. El otro sigue recogiendo).

**ALBERTO.** Os he dicho un millón de veces que no quería saber nada de vuestros rollos. Conmigo ya no contéis más. Se acabó. Ya está bien. Ella sabía que si iba a por hachis la podían coger, ¿o no? Pues la han cogido. Hay que atenerse a las consecuencias de lo que se hace en la vida, coño, y no andar liando siempre a los demás para que le saquen a uno de los jaleos. Además, ahora no se puede hacer nada ya.

**JAIMITO.** Lo mejor es hacer la maleta, ¿verdad?, y largarse. Hay que joderse. (ALBERTO sigue a lo suyo, y JAIMITO, haciendo tripas corazón, intenta entrarle con una nueva estrategia). Por favor, venga, somos amigos, ¿no?, por favor te lo pido, aunque sólo sea verla un momento, y hablar con ella. Luego ya, te vas si quieres, pero ahora... Hablas con los de allí, por eso no te va a pasar nada, o que me dejen entrar a mí si no, que soy su primo... A ver si le van a pegar, o le hacen algo...



Escena de Bajarse al moro de José Luis Alonso de Santos.

**ALBERTO.** Venga, no digas idioteces. No le hacen nada. Sólo la tienen allí, la interrogan, y le quitan lo que sea.

**JAIMITO.** Vamos un momento, anda, por favor... (Le sujeta).

**ALBERTO.** Suéltame.

**JAIMITO.** ¡Qué cabrón eres! Pues de aquí no sales, así si vienen te agarrarán aquí. (Se pone delante de la puerta). Pienso decir que eres el que pones el dinero y el que lo hace todo, ¡para que te jodas! ¿Me oyes bien? (Se acerca a él y le agarra).

**ALBERTO.** ¡Que me sueltes! ¡Suéltame, que te...! (Le da en el brazo herido sin querer al forcejear. JAIMITO se repliega agarrándose con dolor). Lo siento. ¿Te he hecho daño? Perdona. Tienes que entenderlo. Haré lo que pueda, pero más adelante; ahora me voy. ¿Puedo irme cuando quiera, no? ¿O es que me tengo que quedar aquí a vivir con vosotros toda la vida? Tú estás jodido por lo que estás jodido. Pues lo siento, tío, Elena se viene conmigo. Nos vamos juntos, y nos vamos. Y ya está. ¿Qué se va a hacer? La vida es así, no me la he inventado yo. Y Chusa... tampoco se va a morir por esto. Le pasa a más gente, y no se muere. Aquí cada uno hace lo que le conviene, ¿o me ha preguntado ella a mí, acaso, si me parecía bien que fuera a eso? Yo no me meto, te lo he dicho, así que... ¡Yo no soy el padre de nadie aquí, coño! No sé cómo no te das cuenta de que si me ven ahora con vosotros me la carga.

**JAIMITO.** ¿Te lo ha dicho eso también tu padre?

**ALBERTO.** No metas a mi padre, que no tiene nada que ver.

**JAIMITO.** Anda, tío, pues vete. Vete a tomar por culo de aquí, que no te quiero ni ver. Y llévate todo bien. Lo que dejes aquí lo tiro por la ventana.

**ALBERTO.** Si te pones así, mejor.

**JAIMITO.** Claro, mejor. ¡Qué madero eres y qué cabrón!

(ALBERTO se vuelve echando mano a la porra instintivamente, al sentirse insultado).

**JAIMITO.** Sí, eso, saca la porra y dame con ella. Así te quedarás a gusto. ¡Tú puta madre!

**ALBERTO.** (Va hacia él) ¡Ya! ¡Vale ya, ¿eh? ¡Vale! (JAIMITO le da un golpe fuerte al casete, que está encima de la mesa, tirándolo al suelo) ¡Que es mío! ¡Qué pasa! ¡Que te meto una que te...!

(Le agarra y se pelean, arrastrando todo lo que encuentran a su paso en medio de un gran jaleo. En esto se abre la puerta y entra ELENA. Al verla entrar se separan, arreglándose automáticamente la ropa y el pelo. ELENA se queda parada al ver lo que está pasando).